

# Eugenio María de Hostos. El centenario ardiente

*Marcos Reyes Dávila*

*A la memoria de don Demetrio Ramos*

Con la muerte de Eugenio María de Hostos, ocurrida el once de agosto de 1903, se cierra, en apariencia, el ciclo de una de las vidas más extraordinarias que alentaron el rumbo revolucionario del Caribe en toda su historia. Decimos que «en apariencia» porque personalidades como las de Hostos continúan alentando cambios radicales por toda la región. Pensemos en el zapatismo mexicano, en el sandinismo nicaragüense, o en ese Martí que continúa alentando la revolución cubana en el sesquicentenario de un natalicio que se celebra «por el equilibrio del mundo». Hostos, por su parte, es invocado como inspiración maestra de un movimiento de consenso sin precedente que al cabo de cinco siglos de coloniaje logró levantar el cadáver aún no nacido de la nación puertorriqueña y expulsar de su isla de Vieques a la Marina de Guerra Norteamericana, acontecimiento histórico que parecía un imposible, aún antes del «11 de septiembre», hasta que fue certificado, finalmente, el primero de mayo de 2003.

En medio de la corrupción omnipotente que arropa a un país entregado a las privatizaciones del neoliberalismo, Hostos también es evocado nuevamente, en el centenario de su muerte, no sólo como el maestro de moral incorruptible que fue, sino como fuente de una revolución educativa que se percibe imperativa. Filósofo o sociólogo, educador o moralista, propagandista o poeta, político práctico o utopista, Hostos es una de esas personalidades que desborda esquemas, una «figura poliédrica», como lo califica con devoción José Ferrer Canales. Si al final de su vida sorprende que la República Dominicana lo venera en el Panteón de los Héroes de la República, que un monte del sur de Chile lleve su nombre como lo llevó la primera locomotora que cruzó los Andes, que la Sociedad de Estados Americanos lo proclamara en el centenario de su natalicio «Ciudadano Eminente de América» (1939), sorprende aún más constatar que Hostos parece haber llegado al mundo armado ya con sus innumerables instrumentos maestros, pues los diversos desarrollos de su militancia y de su inteligencia tienen,

todos, raíces ya patentes en el que con frecuencia llamados «joven Hostos», es decir, el Hostos en su etapa de formación española.

Aclaremos, en primer lugar, que Hostos no es español, ni dominicano ni chileno, sino puertorriqueño. Ciertamente es que Puerto Rico era aún colonia española en 1839, año de su natalicio. Pero como ocurre con Betances, con Segundo Ruiz Belvis, con los puertorriqueños todos que conspiraron contra la tiranía española a lo largo del XIX, particularmente los que protagonizaron en 1868 el Grito de Lares, Hostos vive una nacionalidad que está en contradicción con el gobierno monárquico español, una nacionalidad que está «creando» con sus esfuerzos, según le responde al inspector de inmigración de Brasil en 1874.

No obstante, hablamos de su etapa española no sólo porque allí acudiera a estudiar desde los trece años, sino porque entre 1852 y 1869 depura sus ideas y principios, así como madura y prueba sus armas. En 1863 parece anticipar ya, proféticamente, lo que será la aventura de su vida entera. Ese año publica en Madrid el «poema-novela» que titulará *La peregrinación de Bayoán*, con el propósito de reflexionar en voz alta sobre la situación política de las Antillas, y de crear conciencia entre los españoles de la política tiránica que practicaban en ellas y que habría de traerles el «desastre» del 98. Bayoán es en la historia puertorriqueña el deicida, pues el nombre se refiere al primer cacique que se atrevió a comprobar la inmortalidad de un español ahogándolo en un río. En la novela Hostos repasa la historia de España en América, denuncia su sometimiento y la colonia. Peregrinación, camino o proyecto, al final del mismo, tras el proceso vacilante —o, acaso, dialéctico— que registra en su espíritu una tenaz lucha de fuerzas opuestas, regresa a la América que declara su patria.

Entre la denuncia y la adscripción a esa lealtad americana que proclamará desde la tribuna del Ateneo madrileño en 1869, Hostos traza los hitos de una política que va más allá del reformismo que se le ha atribuido a su etapa española. Ciertamente es que Hostos abogó hasta 1868 por una confederación española que incluyera a las Antillas, pero su concepción era, por un lado, soberanista, en el sentido de que Hostos planeaba a partir —no a imitación— del modelo canadiense la constitución de un estado federal español descentralizado que reconociera la autonomía y diversidad de sus provincias; por otra parte, Hostos se percataba desde entonces de que la nacionalidad de las Antillas era un germen a fortalecer más que una realidad cristalizada. Además, Hostos, que buscaba una solución viable política y económicamente para sus islas, advertía que el estado de deterioro y prostración de ellas hacía muy difícil la constitución de un Estado que no estuviera asociado con otro. Más que en la independencia, aspiraba a la liber-

tad. Por eso insistió continuamente en la constitución de una confederación de las Antillas, así como recomendó distintas fórmulas de asociación para los países todos de América.

La verdadera naturaleza de sus miras se hizo evidente cuando triunfa en España la revolución septembrina en el 68. Hostos no se satisface con ella si no se extiende la revolución a las colonias. Defendió en Madrid a los revolucionarios que en Lares y en Yara proclamaron las repúblicas de Cuba y Puerto Rico. Y cuando se percató de que Serrano y su gobierno traicionaban en las Antillas los principios republicanos, rompió con ellos e inició desde Nueva York su incesante prédica a favor de la independencia. Con su regreso definitivo a tierra americana, Hostos llegó a la Jerusalén de su destino escogido.

Esta consagración a la lucha por la libertad de las Antillas y de la América nuestra requirió en el joven Hostos de una preparación para el martirio. Este es otro de los asombrosos aspectos no caducables de su vida. Me refiero a que Hostos, a raíz de la muerte de su madre, ocurrida en Madrid en 1862, sufrió una crisis de tormentos de la que salió gracias al auxilio de una práctica entonces inédita: el riguroso estudio constante de sí mismo realizado a través de la reflexión escrita en un diario. Esta práctica terapéutica de Hostos es única. Y de ella surgen no sólo los textos extraordinarios de sus diarios íntimos, sino las dos novelas conocidas de Hostos, así como también cuentos, ensayos, reflexiones, estudios psicológicos de muchos personajes de Shakespeare, estudios de la familia, estudios de la naturaleza humana, estudios epistemológicos de los que derivará más tarde una pedagogía original que atenderá al cultivo en fases progresivas de las facultades humanas de la razón, la emoción y la voluntad, así como de las operaciones que van desde la intuición hasta la sistematización y el desarrollo de la conciencia del bien moral basado en la experiencia humana. La certidumbre radical de la igualdad de los sexos que defenderá en Chile en los setenta e instrumentará en la República Dominicana en los ochenta, estaba ya expresada en limpio en *La tela de araña*, novela de la fragua de sus sesenta. También está en ella su convicción de la función liberadora de una educación que ha de propender a forjar seres humanos «completos». Toda la obra de Hostos parte del principio rector de la libertad humana que forjó al calor transformador de sus años de oruga española.

El *Diario*, publicado en dos volúmenes en la edición de 1939, es un texto verdaderamente *sui generis*. Gabriela Mora ha demostrado en sus estudios de esta obra una singularidad que parte del carácter verdaderamente íntimo de su contenido, y que muestra con absoluta autenticidad al genio severo, voluble, vulnerable, mientras enfrenta los retos formidables

de una obra redentora que se extendió por varios continentes mientras conspiraba contra el imperio español, contra el imperio norteamericano, contra los dictadores dominicanos, contra los reyes o dictadores de todos los países, y que se comprometió no sólo con los antillanos de Puerto Rico, de la República Dominicana y de Cuba, sino con los colombianos, los panameños, los chilenos, los paraguayos, los peruanos, los argentinos, los brasileños, los venezolanos, así como con los chinos del Perú, los cholos, los mapuches, los incas, los araucanos, los gauchos, los esclavos africanos, los pehuenches, los indios de la América del Norte, las poblaciones autóctonas de la Oceanía, la emigración latina en Estados Unidos, los trabajadores de las minas, los obreros, los inmigrantes, las mujeres, en fin, con todos los marginados de la tierra.

La expansión continental de sus luchas fue una continuación de su redención de las Antillas. A su llegada a Nueva York, en 1870, encontró que el liderato de la emigración buscaba la independencia de España sólo para buscar luego la anexión a Estados Unidos. Hostos, como Betances, combatió el propósito *in situ*, pero lo combatió además al decidirse a buscar fuera de Norteamérica apoyo para la guerra que se desarrollaba en la Cuba de Céspedes. Es con ese propósito que inicia su viaje de cuatro años al sur de América, esa nueva peregrinación, fuera del marco de un «poema-novela», que habría de dejar grabada en la roca de la historia la personalidad viva del Hostos definitivo.

Su primer paso fue un tributo a Bolívar: asumir como suya la idea de la gran nación latinoamericana. Su viaje se detuvo en Cartagena, donde comenzó a construir, a propósito de los cholos y de la fortaleza española en la bahía, su ambición de una América unida; en Panamá, donde anticipó que las fuerzas del naciente imperialismo norteamericano se convertirían en la agonía del Istmo; en Perú, donde ponderó la manera como el coloniaje lograba sobrevivir a la independencia, abominó la cultura omnipotente de las iglesias y defendió lo mismo a los trabajadores de las minas, que a los incas y los chinos; en Chile, cuya geografía escudriñó y estudió con el detenimiento de los poseídos, estudió la pujanza de su industria, las contradicciones de su devenir político y defendió el derecho de la mujer a la educación profesional y a una vida social jurídicamente responsable; en Argentina, donde al ponderar la influencia de la variada emigración, la fuerza de sus ríos, el estado de su interior fragmentado, la situación de los habitantes diversos y dispersos, la herencia del jesuitismo y las misiones, la necesidad de que el ferrocarril tramontara los Andes, el estado de las haciendas y poblados, iba poco a poco instrumentando la primera mirada sociológica de América; en Brasil, cuya naturaleza tropical confundió con

el Edén, lo sorprendió su sociedad aún esclavista y las inusuales relaciones que observó entre los distintos sectores sociales. Pocos años más tarde visitaría Venezuela. Su asentamiento en la República Dominicana, donde fundó la Escuela Normal y, a partir de ella, comenzó a expandir los horizontes de la educación laica y científica, coincidió con la Paz del Zanjón, es decir, con el fin de la guerra en Cuba. Hostos procuró entonces crear los ejércitos de «hombres completos» que necesitaba para construir con ellos la utopía de libertad que vislumbró en las Antillas. Mucho después regresó a establecerse en Chile donde, desde la rectoría de los liceos de Chillán y Amunátegui, emuló la obra educativa de Andrés Bello, hasta que la guerra iniciada por Martí en 1895, y la inminente invasión norteamericana de las Antillas, en 1898, le arrebatara los reposos y lo hiciera volver a sus islas. Pocos años más tarde hallaría, de vuelta en Santo Domingo, un lugar, ya sin exilios, en el Panteón de los Héroes de la República Dominicana.

Algunos estudiosos de las nuevas generaciones se han dado a la tarea de «desmitificar» la obra del hombre que fue Hostos, y al hombre mismo. Armados de una terminología «posmoderna» y desde el terreno pantanoso de una ideología neoliberal que ha hecho de la historia un relato de ficción mientras reniega de esa utopía que acaricia esperanzas más allá del sueño de los pobres y oprimidos, esa utopía que, en lucha contra la fatalidad y la derrota previa, auspicia la transformación revolucionaria en nuestros países, cada vez más necesaria, esos críticos descalifican al Hostos vacilante, indeciso, inofensivo, problemático, inerte ante las urgencias del siglo XXI, en cuya obra está ausente la aportación propia original.

Un punto de apoyo, incuestionable, parecen tener en el *Diario* de Hostos. En efecto, el *Diario* muestra a un Hostos muchas veces confuso y contradictorio. Pero este Hostos no es el Hostos público de la tribuna, de la liga y del comité revolucionarios, del Ateneo y del salón de clases, de los discursos, las cartas, los ensayos todos. El Hostos del *Diario* es el sometido a las pruebas de su voluntad, a la terapia psicoanalítica de sus emociones, al debate dialéctico que genera ideas y determinaciones. En él se crece la naturaleza humana, como en muy pocas ocasiones, si acaso alguna. En el *Diario* asistimos al testimonio siempre inédito de un ser ardiente y sin reposo. A la confesión de una verdad buscada sin guía, en el sobresalto del tiento que admiró Martí. A la determinación que tritura sus incertidumbres y que admiraron en él Máximo Gómez y Gregorio Luperón. Que tire la primera piedra quien nunca tuvo duda. Que tire la primera piedra quien no vaciló ante el debate con los egregios y los potentados. Que tire la primera piedra quien no tuvo temor al iniciar una revolución. Que tire la primera piedra aquel que abrió sin aprensiones las puertas de lo desconocido. Que tire

la primera piedra aquel que se mantuvo sin vacilación al frente de las tropas de la ignorancia, de los campesinos hambrientos, de los trabajadores tímidos, de los desposeídos, de los marginados, del porvenir de un continente entero.

Al hablar, a propósito del centenario de su muerte, del Hostos vivo, no pretendemos resucitar un cadáver, sino adscribirnos a la agenda de una obra que tuvo como misión forjar el porvenir no alcanzado de la América nuestra. Pero si, en efecto, cargamos con un cadáver, no será un lastre caduco: será como Ramón Emeterio Betances cargó desde Francia con el cuerpo de su «Virgen de Borinquen», o será como el desmitificador aquel, que para demostrar la insustanciabilidad de la vida de Hostos, escribió una obra en siete tomos! La libertad que señala y busca toda la obra de Hostos, sigue estando más allá del territorio inhóspito y feral que nos separa de esa utopía de confraternidad que aspiramos como porvenir americano, utopía que confieso me acaricia en mis desvelos, aunque sé que sólo está al alcance del que lucha. Para esa lucha encontramos en Hostos una cantera inagotable de piedras para la honda y para darle firmamento a las cuitas de nuestros senderos.